

ECCE QUAM BONUM ET QUAM JUCUNDUM

**Desde el vapor “Re Vittorio”
24 de junio de 1922.**

¡Para gloria de Dios bendito!

Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!

San Agustín, en Enarratio in Ps. CXX, dice que la caridad y la unión fraterna fue la madre de las comunidades religiosas. Nosotros, pobres Hijos de la Divina Providencia, lo sentimos tanto, por la gracia de Dios, que todos los años al encontrarnos y al separarnos después de los Santos Ejercicios Espirituales, nos abrazamos cantando en coro este pequeño pero gran salmo, que celebra los bienes de la caridad fraterna y los puros gozos de la santa vida religiosa; y al separarnos lo cantamos no una, sino tres veces, con dulcísimas lágrimas de amor y de purísima dilección.

Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!

Esta amada oda, que exhala auras orientales, celebra, como ya dije, las virtudes del amor fraterno, más aún: los señalados bienes y las ventajas de la caridad, de esa caridad en la cual nosotros, los religiosos, debemos estar radicati et fondati, como quiere el Apóstol.

Ecce quam bonum et jucundum habitare fratres in unum!

Como bien sabéis, este salmo se compone de cuatro versículos solos, en cada uno de los cuales se señala una de las cuatro ventajas de la santa unión de las almas en Dios, de la fraternidad cristiana y la dulcísima caridad religiosa. Esas ventajas son: a) la inefable dulzura; b) el buen olor de edificación; c) la fecundidad espiritual; d) la abundancia de todos los bienes celestiales, por los que son bendecidos por Dios los hermanos concordés y todas las almas que viven de la caridad de Nuestro Señor.

* * *

“Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum”.
¡Oh, qué bueno y alegre es que los hermanos vivan concordés! Mirad que “hermanos” no se entiende unilateralmente, como si se quisiera hablar sólo con nosotros los hombres, sino de todas las almas que viven en la armonía del espíritu, en la paz y concordia de los corazones, por el amor de Dios bendito.

Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!

Quiere decir que hay en la tierra cosas buenas que, de por sí, no serían alegres, como la penitencia, los ayunos, la abnegación de sí mismo y otras semejantes; y hay cosas alegres que no son buenas, como todos los placeres malos, sensuales y morbosos; pero la caridad recíproca es tal vez la única virtud que es al mismo tiempo buena y alegre: ecce bonum et quam jucundum!

Más aún, si la caridad y la unión entre los hombres no fuera nunca perturbada, no creeríamos estar en el exilio, sino que nos parecería estar en la patria; se lloraría con los que lloran, se gozaría con los que gozan; no se sospecharía de nadie, cada uno confiaría en todos y todos en cada uno; se daría más que se recibiría o, mejor, habría una comunidad que no admitiría ni lo mío ni lo tuyo –frigidum illud verbum– y una unidad de pensamiento, de voluntad, de palabras, de gozos y de dolores, de temores y de esperanzas, que poco más sería desear el Paraíso.

* * *

Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!

Pero a este bien, que es la suavidad y la felicidad de la vida, el salmista agrega una segunda ventaja, que es la de la edificación de los demás. Los olorosos ungüentos esparcidos sobre la cabeza de Aarón (como se lee en el Éxodo, cap. XXX, 23-39, cap. VIII, 10-12), –ungüentos benditos que corrían por la larga barba de Aarón hasta el borde de su vestimenta– representan el buen olor de la edificación, que irradian a su alrededor los hermanos concordantes y todas las almas de Dios y las comunidades religiosas que humildemente caminan en la fidelidad a su vocación, cultivando la paz, la unión fraterna y la caridad. “Sicut unguentum in capite, quod descendit in barbam, barbam Aaron, quod descendit in oram vestimenti eius” (2º versículo del salmo).

Y una comunidad hermosa, fuerte y pacífica, ¿cómo puede ser, sino edificante? Paz, fuerza y belleza que necesariamente provienen de la concordia y de la unión fraterna. La unión, en efecto, no es más que unidad en la multiplicidad y constituye la belleza, por lo que Platón decía: pulchritudo unitas in varietate. También André: en “Ensayo sobre lo bello”. Por eso en las Sagradas Escrituras se alaba la belleza de los pabellones de Israel, el espectáculo de seiscientos mil guerreros y de más de dos millones de creyentes distribuidos en doce campos, que viajaban por una inmensa llanura, se detienen, se

ordenan bajo las armas, combaten y vencen, como un solo hombre, y obligan a sus mismos enemigos a admirarlos y exclamar: Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel!

Además, la unidad en la variedad y multiplicidad constituye y mantiene la paz entre los hombres. En los Hechos de los Apóstoles se celebra ese solo corazón y esa sola alma en la multitud y variedad de fieles. Este es el hecho que, en los primeros días de nuestra Santa Iglesia, edificaba más a los gentiles, que decían: –Mirad cómo se aman los cristianos. Estarían prontos a morir uno por otro. Así lo refiere el antiguo escritor Tertuliano, en el Apologético.

En una ardiente jornada del siglo IV de la era cristiana, un soldado romano entraba con su legión en Tebas, Egipto. Era de familia pagana y se llamaba Pacomio. Sus compañeros, extenuados, por la fatiga y el hambre, empezaron a sucumbir, cuando de las casas y locales cercanos salieron hombres, mujeres y niños que, llevados por la compasión, los socorrieron, quien curando heridas, quien dándoles alimentos y bebidas para reanimarlos, con delicadeza y paciente solicitud. Pacomio preguntó quiénes eran esos desconocidos benefactores y le respondieron que eran cristianos. Por la noche, Pacomio no durmió; meditó y lloró. Sintió que entraba en una grande y divina luz, en una grande y divina oleada y vida de dulcísima y soberana caridad.

Pacomio sintió que sólo Dios, “que lo llena todo”, es consuelo para el alma y verdadera alegría y felicidad para el corazón. Se sintió fascinado por Dios y sin embargo libre en Dios con la más alta libertad de los hijos de Dios, y que Cristo-Dios había nacido en él, estaba vivo en él, ardía en su pecho. Cristo había sido edificado en él por la caridad de aquellos cristianos, de aquellos hermanos concordes en la caridad del Señor. Cristo surgía de la caridad y era caridad. Comprendió que de la humanidad de lo verdadero y de la verdadera Fe nacía esa unión cristiana de los espíritus, y de ésta el deseo vivo de hacer el bien a los demás. Su espíritu sintió cuán verdadero era lo que varios siglos después escribiera el santo autor de la Imitación de Cristo, como humilde hijo de San Benito: “Nada hay elevado, ni grande, ni grato, ni acepto, sino Dios y lo que es de Dios” y “una chispa de caridad verdadera vale mucho más que todas las cosas terrenas, llenas de vanidad” (Imit. de Cristo, Lib. I).

Pacomio no durmió esa noche; Jesús estaba en su pecho, lo había sacado de un abismo de tinieblas a una luz, a una vida nueva y

divina; Jesús lo llamaba a Sí con la dulcísima y celestial fuerza de la caridad. No pudiendo resistir más y queriendo libremente seguir a Cristo, salió de su tienda y agitando la espada hacia el cielo exclamó: ¡Oh Dios de los cristianos, que enseñas a los hombres a amarse tanto unos a otros, también yo quiero ser uno de tus adoradores! Poco tiempo después aquel soldado recibía el bautismo, se convertía en un santo y se unía al gran San Antonio abad para conducir a las soledades de Egipto esas legiones de solitarios que cultivaron por mucho tiempo las tierras, la industria y las letras y, sobre todo, la santidad en la fraterna y dulce caridad. Su alma guerrera, que nunca había sido domada por las armas, fue vencida por la caridad. ¡Qué bella es esa virtud! El mismo Paraíso no sería Paraíso sin caridad, porque un Paraíso sin caridad sería un Paraíso sin Dios.

Finalmente, nadie ignora que la unidad en la multiplicidad constituye la fuerza, tanto de un pueblo y de una sociedad, como de un grupo y de una comunidad religiosa cualquiera. El que aumenta la unión aumenta el amor hacia los hermanos, que es vínculo del amor de Dios, aumenta la fuerza espiritual y siempre más forma en Jesucristo un solo corazón y un alma sola.

Pero el que disminuye la caridad, disminuye también la fuerza del bien obrar. La fuerza de los religiosos está en la unión, cuyo vínculo es Jesucristo y la Santa Madre Iglesia, la Madre de Roma. De esta unión nuestra, humilde, filial y fraterna, sacaremos toda nuestra fuerza; nos sentiremos como el ejército de Dios, bien ordenado; nos sentiremos, y lo seremos efectivamente, el ejército del Señor, formidable para sus enemigos e invencible. *Vis unita fortior*, decían ya los antiguos, mientras el Evangelio dice: *regnum in se divisum desolabitur*. ¿Pero quién de nosotros querrá ser débil y estar separado de Cristo, por no estar unido santa e íntimamente por la caridad a sus hermanos? ¿Quién querrá ser un débil y un separado en la caridad, cuando Nuestro Señor nos ha dado el nuevo y gran mandamiento: “Amaos los unos a los otros”? ¿Más aún, cuando ha dicho: “Así como yo os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros”? ¿Y cuando además agrega: “Por esto todos reconocerán que sois mis discípulos: por el amor que os tendréis los unos a los otros”? (Jn. XIII, 34-35).

Por lo tanto, así como la caridad es el precepto del Señor, el precepto propio de Cristo, así el espíritu del Señor no sólo es espíritu de unión de caridad, sino que es fuente de fuerza moral y

espiritualidad; también el santo patriarca Benito, en la Regla, habla de esta fuerza divina, que aleja de los vicios “et ducit ad Deum et ad vitam aeternam”, por lo que quiere que los monjes “zelum ferventissimo amore axerceant”, que “caritatem fraternitatis caste impendant” (cap. 72).

Una sociedad o comunidad buena y fuerte, donde reina la dulce concordia de los corazones y la paz, no puede no ser amada y deseable, de edificación para todos, como sería, por el contrario, de mal ejemplo siempre y hasta despreciable para todos, una asociación o comunidad religiosa débil, desordenada y desgarrada por discordias internas.

Y aquí poned mucha atención que el salmista ni sin razón comparó este olor de edificación no a una fragancia cualquiera, por muy exquisita que fuera, sino a la fragancia de los ungüentos con que fue consagrado el sacerdocio de Aarón, porque el amor santo y recíproco, del que habla el salmista, no es sino el aceite de la divina caridad con el que fue ungido el verdadero Aarón, es decir Jesucristo Nuestro Señor.

Este aceite fluyó sobre su barba y corrió hasta la orilla de su vestimenta sacerdotal, porque –dice agudamente San Agustín– la barba de Nuestro Señor Jesucristo son los apóstoles y los mártires, siendo la barba signo de fuerza, de juventud, de energía: “illud primum unguentum descendit in apostoles, descendit in illos qui primos impetus saeculi sustinuerunt”. Ese ungüento de divina caridad descendió de Cristo sobre los apóstoles, sobre aquellos que, por primeros, contuvieron el ímpetu del mundo contra el cristianismo, contra la Iglesia naciente, esto es los mártires.

La vestimenta de Jesucristo, como se sabe, es la Santa Iglesia universal, la Iglesia Católica, que nuestro Manzoni sublimemente llama “Madre de los santos”, única conservadora de “la Sangre incorruptible” de Cristo, es decir de la caridad.

Y el borde de esta vestimenta indivisible de Cristo, que es la Iglesia, es el particular y más humilde estado de la misma, nuestro estado religioso, es decir son aquellos que por esta unción de la caridad se reunieron en las congregaciones religiosas y en los monasterios. “Si neque a barba descendisset unguentum, modo monasteria non haberemus”. Es siempre San Agustín, con su elevada mente, el que habla y quiere decir: si de los apóstoles y mártires no

hubiera fluido el espíritu de la caridad de Nuestro Señor, ni nosotros tendríamos los monasterios, ni ninguna otra comunidad religiosa, porque la caridad ha sido y es la madre de las comunidades.

* * *

La concordia y la unión de los amigos nos proporciona una tercera ventaja, que es la fecundidad espiritual en toda clase de obras buenas. El salmista alude a esta fecundidad espiritual con la hermosa similitud del rocío, con el que en Oriente se cubren, se refrescan y se benefician sobre todo los montes. “Sicut ros Hermon, qui descendit in montem Sion” (vers. 3).

El estival y fresco rocío que cae en los meses más cálidos de Palestina, para fecundar los montes de Hermón y de Sión, no son más que una pálida imagen de la fecundidad espiritual de las almas de los hermanos unidos en el Señor, porque donde hay aunque sea dos o tres reunidos en el nombre de Dios, Dios está en medio de ellos y la mano de Dios está sobre ellos, y entonces sucede que allí donde termina la mano del hombre, allí comienza la mano de Dios. En efecto, es fácil comprender cuánto y qué gran bien se puede esperar allí donde se vive concordes y con un solo sentimiento en el Señor y donde todos observan la Regla en la caridad, caminando rectamente por el recto camino del Señor y llevados por el espíritu del Señor allá donde tiene vigor la caridad de Cristo, donde florece bajo la mirada de Dios la amorosa concordia de muchos seres buenos unidos en el Señor. Por el contrario, es muy evidente que ninguna obra grande puede llevarse a buen fin sin el concurso de muchos. Esto explica la admirable fecundidad de los Institutos religiosos en toda clase de obras de ingenio, de corazón y manuales.

Abrid el Martirologio de la Iglesia y veréis que tal vez la mitad de los santos, sacados los mártires, se formaron en los monasterios o en las comunidades religiosas. Entrad en las bibliotecas y decidme si hay rama de las ciencias sagradas y profanas que no haya tenido célebres escritores religiosos, tanto antiguos como modernos; id por todo el mundo y contad el número de los misioneros, de esos héroes de la cruz que llevan por todas partes el Evangelio de Cristo, que lo siembran en las almas y en el corazón de los pueblos y luego lo fecundan siempre con sus sudores y muy a menudo con su sangre.

Y bien, vemos que la mejor y mayor parte de ellos está formada por religiosos espiritualmente fecundos y santamente fecundadores de

su misma vida, así y más aún que el fecundo rocío de Hermón y de Sión: sicut ros Hermon, qui descendit in montem Sion. Nuestro tiempo, que en muchos países trata de dispersar a estos hombres unidos y concordes, demuestra, a su pesar, que no conoce el don de Dios y atrae sobre su cabeza las maldiciones de los montes de Gelboe, sobre los cuales no cae ni lluvia ni rocío: “Montes Gelboe nec ros nec pluvia veniant super vos” (II Reyes, 1,21).

* * *

Ciertamente, la abundancia de las bendiciones divinas y de todos los dones celestiales está prometida a los hermanos, es decir prometida y dada por el Cielo a todos los que viven en la caridad del Señor, unidos y concordes, lo que constituye la cuarta ventaja de la caridad fraterna en Cristo: “Quoniam illic mandavit Dominus benedictionem et vitam usque in saeculum” (vers. 4).

En efecto, ¿qué podemos hacer nosotros, pobres hombres, sin la bendición de Dios? Sin Dios no se edifica o se edifica sobre la arena. “Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam”.

También Tasso, en la Jerusalén liberada dice: “No edifica aquel que quiere los imperios - constituir sobre fundamentos mundanos... - más bien produce ruinas, oprimido por las cuales - sólo un sepulcro tiene para sí”. Sin Dios no se unifica, no se edifica, sino que se divide, se lleva a la ruina.

Sólo los hermanos acordes y unidos entre sí por amor y mutua caridad son bendecidos por Dios; no son y no serán nunca bendecidos por Dios más que las almas en las que hay caridad, más que las comunidades religiosas donde hay concordia, unión, paz, donde se vive, se respira, se alimenta y se difunde, se irradia dentro y fuera el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, que es caridad: Deus Caritas est!

Quoniam illic mandavit Dominus benedictionem! El Evangelio no podría ser más claro: “Si dos de vosotros os ponéis de acuerdo sobre la tierra, todo lo que pediréis os será dado por mi Padre que está en los Cielos” (Mat. XVIII, 19). Pero quien ofrece a Dios el incienso de sus oraciones y recuerda que su hermano tiene algo en su corazón contra él, que vaya primero a amigarse con él y después ofrezca el sacrificio de su oración (Mat. V, 23-26). Es evidente que Dios no bendice más que a los hermanos y a las almas concordes: “Quoniam illic mandavit

Dominus benedictionem”. Mirad que estas bendiciones de Dios no son ya como las de Moisés o de Jacob, que prometían abundancia de ganados y de mieses y una tierra que manara leche y miel; son bendiciones mucho más grandes y más elevadas, bendiciones de cielo y de vida eterna: quoniam illic mandavit Dominus benedictionem et vitam usque in saeculum.

Este salmo parece haber sido compuesto para que fuera cantado, en un transporte de alegría, por los hebreos que volvían del exilio de Babilonia a Jerusalén, su patria, donde debía florecer la antigua fraternidad y terminar el cisma entre Judá e Israel (cfr. Rosemüller, Scholia in Vetus Test. P. IV). Pero sea esto como sea, lo real es que mucho más propiamente y con mayor sublimidad de poesía y de santos afectos, este salmo lo cantan los hermanos unidos y todas las almas que, aun sintiéndose en el exilio de la tierra, quieren caminar, y con la ayuda divina caminan, peregrinando a la patria del Cielo, donde todos los justos serán consumados en la unidad, como dijo el apóstol Juan (cap. XVII).

Llegados allá, recibidos festivamente por los ángeles y los santos, es decir por nuestros hermanos que nos han precedido pasando de esta mísera vida a la vida beatífica, y recibidos por los mártires y los apóstoles del Señor, por aquellos que nos transmitieron la caridad de Cristo Nuestro Señor, y yendo a nuestro encuentro la Bienaventurada Madre que es Regina Sanctorum omnium y Madre de Dios Señor y Redentor nuestro Jesucristo, dejados todos los disgustos y sinsabores de este mísero mundo, con los ángeles y los santos, con los vírgenes, los confesores, los mártires, los apóstoles y con la Santísima Madre de Dios y nuestra, perpetuaremos ese cántico por todos los siglos: Usque in saeculum! Usque in saeculum!

¡Qué dulce me es pensar que a cada llegada de nuestros hermanos que del exilio vuelvan a la patria celestial, a cada llegada de cada una de las almas más queridas por nosotros en el Señor, en el Corazón de Jesús, nuestro Dios y nuestro Padre dulcísimo, nuestro suspiro, nuestro Amor y nuestra vida eterna, renovaremos los antiguos abrazos y, con lágrimas de suavísimo gozo y de santa felicidad, cantaremos a coro, con las arpas de los ángeles, el cántico de nuestra fraternidad espiritual y de la caridad: “Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!, es decir in Dios!”. Unidos en El, que antes de sufrir y de morir por nosotros, rogó por nosotros para que fuéramos una sola vida con El: “ut unum sint!”.

* * *

Sí, Jesús mío, yo anhelo cantar muy suavemente el cántico divino de tu caridad; pero no quiero esperar a cantarlo cuando entre en el Paraíso: por tu infinita misericordia, te suplico, mi dulce Señor, Padre, Maestro y Salvador de mi alma, que piadosamente quieras concederme que empiece este dulce canto aquí en la tierra; aquí, Señor, en esta amplitud de aguas y de cielo, desde este Atlántico inmenso, que tanto me habla de tu potencia y de tu bondad. Haz, Dios mío, que toda mi vida sea un holocausto, un himno, un cántico sublime de divina caridad y de total consumación mía en el amor a Ti, oh Señor, y a tu Santa Iglesia, a tu Vicario en la tierra y a tus Obispos y a todos mis hermanos. ¡Que toda esta pobre vida mía sea un solo cántico de divina caridad en la tierra, porque quiero que sea, por tu gracia, Señor, un solo cántico de divina caridad en el cielo! ¡Caridad! ¡Caridad! ¡Caridad!

“Oh amor de caridad, - ¿por qué así me has herido? - Tengo el corazón todo deshecho - y ardiendo por amor”. Haz, oh Jesús, que una chispa de ese divino fuego que ardía en el pecho de tus santos, que consumía en el amor de caridad a Francisco de Asís, que fue “todo seráfico de ardor”, descienda a mí y a todos mis hermanos, oh Amor de Jesús, y en Ti solo nos una y nos dé vida y bendición, perpetua y dulcísimamente. Que de Ti, Jesús, Amor y Vida mía; de Ti Crucificado, Señor mío; de Ti Eucaristía; de Ti Caridad Infinita; de Ti Cabeza y divina Misericordia, venga y se difunda copiosa sobre mí, pecador, y sobre todos mis hermanos; se difunda como la luz del sol que Tú haces brillar sobre la cabeza de los buenos y de los malos; como el sol y mucho, mucho más se difunda sobre todos la ola de tu caridad, que nos purifique a todos y nos invada y nos transforme, para que, sumergidos en Ti, oh Dios mío, en un océano de caridad mucho más inmenso que este océano sobre el que estoy navegando y desde el cual os escribo, en un océano infinito de luz y de resplandores, que nos hará mucho más gloriosos que los montes de Hermón y de Sión, cantemos eternamente las misericordias del Señor y seamos eternamente bendecidos por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo.

Quoniam nobis mandavit Dominus benedictionem, et vitam usque in saeculum! Fiat! Fiat! Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in Unum! Rezad por mí, pobre pecador; en vuestra caridad, ¡rezad siempre por mí!, y que ¡Dios os lo recompense!

Desde el barco "Re Vittorio", en viaje de Brasil a Italia, 24 de junio de 1922, fiesta de San Juan Bautista y 50º aniversario de mi santo Bautismo, atravesando hoy la línea del ecuador. ¡Para la gloria de Dios bendito!

Don Orión